

BREVE HISTORIA DE LA ARQUEOLOGÍA

Jorge García Sánchez



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de la arqueología*
Autor: © Jorge García Sánchez

Copyright de la presente edición: © 2014 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid
Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio
Imagen de portada: Máscara de Agamenón, 1550 a. C., Museo Arqueológico Nacional de Atenas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-563-3
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-564-0
ISBN edición digital: 978-84-9967-565-7
Fecha de edición: Mayo 2014

Impreso en España
Imprime: Servicepoint
Depósito legal: M-10684-2014

*A mi familia y a mis amigos,
que lo significan todo en mi vida.*

Índice

Prólogo.....	13
Introducción	17
Capítulo 1. La visión del pasado en la Antigüedad y en la Edad Media.....	23
Dioses, tumbas y héroes	23
Antes y después de la Era: la <i>archaiologhìa</i> de los antiguos	33
La devastación monumental a la caída del Imperio romano	42
Tradiciones clásicas y tradiciones cristianas.....	46
De la <i>Renovatio Romani Imperii</i> al primer humanismo	55
Capítulo 2. De las letras humanistas al coleccionismo barroco	61
Italia y el anticuariado renacentista	61
Falsarios, anticuarios, coleccionistas e historiadores en acción.....	68

Los pontífices y la conservación del patrimonio ...	72
El coleccionismo renacentista y barroco: de los gabinetes de curiosidades a las primeras galerías públicas	76
El retorno a Grecia y al Mediterráneo oriental: viajes, documentación y coleccionismo	82
El periplo a Oriente de Pietro della Valle	90
Capítulo 3. La arqueología de la Ilustración	95
La Europa de los anticuarios	95
El inventor de la historia del arte: Johann Joachim Winckelmann	103
La Italia del Grand Tour, de las excavaciones arqueológicas y del coleccionismo de antigüedades...	106
La arqueología del Siglo de las Luces	112
El descubrimiento de Pompeya y de Herculano ...	116
Capítulo 4. Ciencia y expolio: los orígenes de la arqueología en el mundo griego	125
La época de los <i>dilettanti</i>	125
<i>Antiquities of Ionia</i>	133
Una tragedia griega: el <i>affaire</i> de los mármoles Elgin	136
Las consecuencias de la guerra de Independencia de Grecia y las expediciones europeas en la Hélade.....	144
Los monumentos de Asia Menor en el Museo Británico	148
Los institutos de arqueología y el comienzo de las grandes excavaciones.....	152
Capítulo 5. La seducción del desierto: arqueólogos, viajeros, diplomáticos y aventureros europeos en Egipto y en Mesopotamia.....	159
<i>Soldats, du haut de ces pyramides, quarante siècles vous contemplant...</i>	159
Los años de los cazadores de tesoros	167

El desciframiento de la piedra Rosetta y la consolidación de la egiptología	172
Los pioneros europeos rompen el silencio de Oriente: la arqueología de Mesopotamia	181
Layard de Nínive: un arqueólogo al servicio secreto de su majestad	186
El «Padre de la asiriología» y el desciframiento de la inscripción de la roca de Behistun	192
Capítulo 6. En busca de los orígenes de la humanidad: el largo camino de la arqueología prehistórica	197
Las ideas acerca de la antigüedad del universo y del hombre	197
Fluvialistas, uniformistas, diluvianistas y creacionistas en pugna	202
Hacia una cronología de la prehistoria y de la protohistoria: el sistema de las tres edades y sus subdivisiones.....	210
El arte de las cavernas, Altamira y la antropología del hombre definitivo	218
Capítulo 7. Los progresos de la arqueología hasta la Segunda Guerra Mundial.....	227
Tras los pasos de Homero: Heinrich Schliemann en Troya	227
Micenas, «la rica en oro»: la Edad del Bronce de Grecia.....	232
Dentro del laberinto. Arthur Evans y la arqueología cretense	236
La arqueología científica en Egipto	241
La tumba de Tutankhamon	246
Robert Koldewey, un arqueólogo alemán en la Torre de Babel.....	249
Sacrificios humanos en la necrópolis de Ur.....	253
Práctica y actividades arqueológicas hasta la mitad del siglo xx.....	255

Capítulo 8. La mayoría de edad de la arqueología	265
La arqueología subacuática	265
Nuevos métodos de reconocimiento arqueológico: la fotografía aérea	273
Métodos de datación absoluta: el carbono 14 y la racemización de aminoácidos	279
La dendrocronología y la termoluminiscencia.....	283
La «fase harrisiana» de la arqueología: Edward C. Harris y la estratigrafía arqueológica	285
Grandes descubrimientos de la segunda mitad del siglo xx	292
La arqueología y las herramientas informáticas	302
 Bibliografía	 311
Agradecimientos	325

Introducción

En un libro publicado apenas comenzado el siglo XXI, la medievalista Sonia Gutiérrez Lloret recogía algunas definiciones de diferentes autores referidas al término «arqueología» formuladas en la década final de la centuria que se dejaba atrás. El especialista en el mundo ibérico Lorenzo Abad Casal discurría que la arqueología «es una forma de hacer historia a partir de los vestigios materiales de una cultura, con un método propio –que comparte en algunos aspectos con otras disciplinas–». La arqueóloga Gisela Ripoll López la explicaba como una «ciencia –sobre todo metodológica y analítica– que estudia el pasado del hombre a través de sus restos materiales. [...] No es una ciencia auxiliar, sino una ciencia histórica, que existe por sí misma y en sí misma». Asimismo, Sonia Gutiérrez apuntaba su propia enunciación: «La arqueología aspira a explicar de forma científica problemas históricos, previamente planteados, a partir de la

recuperación y el estudio de los restos materiales de las sociedades del pasado». Las tres definiciones comparten una serie de axiomas que debemos retener acerca de lo que es la disciplina que vamos a tratar: es una ciencia independiente y, por lo tanto, no auxiliar, ni una rama de los estudios históricos junto a la epigrafía, la paleografía, la diplomática y la numismática; se dedica a escribir la historia de las culturas del pasado, pero me atrevería a añadir que de igual manera puede investigar la sociedad del presente —ahí tenemos la arqueología industrial—, así que abarca el amplio abanico cronológico que transcurre desde la prehistoria hasta el siglo xx; su objeto de análisis son los restos materiales provenientes de la actividad humana, que rescata e interpreta a través de un determinado método de trabajo y del empleo de unos instrumentos y de unas tecnologías que, en efecto, comparte con otras disciplinas.

Un libro que se plantee una historia de la arqueología basada en los principios expuestos tendría que arrancar su relato, de forma aproximada, hacia finales del siglo xix o comienzos del siguiente. Pero obviaría dos factores fundamentales: primero, el proceso de formación progresiva del pensamiento arqueológico, de su metodología y de las herramientas que utiliza, hasta llegar al momento en que los profesionales se vieron en grado de ilustrarnos sobre lo que es o no es la arqueología. Y segundo, que en fechas remotas se tenía ya conciencia del pasado y de la necesidad de indagarlo hasta sus orígenes. Quiénes somos, de dónde venimos y —por consiguiente— a dónde vamos son interrogante intrínseco a nuestra condición humana. Lógicamente, la arqueología, con este u otros nombres más apropiados con los que podemos rotular la aproximación del hombre a su historia desde tiempos antiguos, no fue siempre la ciencia que hoy conocemos. La arqueología que incorporó los avances científicos, en especial desde mediados del siglo xx, poco o nada

tiene que ver con la curiosidad de los humanistas del Renacimiento y de los anticuarios y diletantes del Siglo de las Luces por el clasicismo, que se traducía en arrancar de la tierra las obras de arte grecorromanas, ni con el apasionamiento naíf y destructivo por las ruinas exóticas de Egipto, Mesopotamia y el continente americano por parte de orientalistas y cazatesoros. De hecho, durante siglos la disciplina únicamente sirvió de excusa académica para el expolio sistemático de los monumentos y de los objetos de la Antigüedad, ya fuera para su exhibición en colecciones nobiliarias o su incorporación a fondos museísticos. Por desgracia, hasta la actualidad, la literatura, el cine y la prensa han hermanado estas actitudes y otras aún peores con el quehacer de la arqueología real, prolongando de modo indefinido en el imaginario popular los estereotipos que desvirtúan la práctica arqueológica y al oficio de arqueólogo. Si se le pregunta a una persona de la calle por la arqueología, o por el arqueólogo, enseguida le vendrá a la cabeza la imagen de un aventurero paseándose armado por la recreación cinematográfica de una excavación en el desierto, donde cientos de pares de ojos indígenas lo observan como a un ser todopoderoso, depositario de extraños saberes, algo loco por consagrarse a desenterrar reliquias arcaicas. Con diferencia, el estereotipo del celuloide por excelencia es el personaje del doctor Henry Jones Jr., Indiana Jones: un profesor del imaginario Marshall College de Nueva York que lee el sánscrito, el latín medieval, los jeroglíficos egipcios y los pictogramas mayas, y que tan pronto saquea cementerios y santuarios precolombinos, o tumbas manchúes, como excava en la Tanis faraónica a fin de recopilar piezas que vender unas veces a museos y otras a coleccionistas privados con oscuras intenciones. Un arqueólogo que ningún departamento universitario querría contratar a causa de su falta de ética profesional, por no hablar de su clara inclinación al absentismo laboral.

El cine de hoy, al perpetuar la clase de arqueología que existía en otros períodos, ha idealizado a estos ladrones del patrimonio, además de convertir la investigación científica en una suerte de exploración esotérica de los secretos de civilizaciones perdidas. Nadie niega que en algunos de sus presupuestos, la disciplina, antes de asentar sus bases, no comportara varios de los elementos narrados por la ficción cinematográfica. La exagerada preparación multidisciplinar, impensable en nuestros días, no se alejaba tanto de, por ejemplo, casos como el del británico Leonard Woolley, quien participó o dirigió empresas arqueológicas en Egipto, Mesopotamia o Italia, cuyas fechas se extendían de la prehistoria a la Antigüedad clásica. Y el oficio de anticuario, de erudito o de profanador de tumbas, a menudo indistinguibles entre sí, entrañaba considerables riesgos. Howard Carter aludía a los «grandes días de las excavaciones en Egipto» al rememorar las azarosas peripecias del gigante italiano Giovanni Belzoni al apoderarse del obelisco de Filae, en 1819. Belzoni estuvo a punto de perder su vida apaleado o tiroteado mientras trasladaba el monumento, asaltado por los agentes del diplomático Bernardino Drouetti, quien sin embargo, movido por la presencia de una multitud de testigos nativos, intervino a su favor. «Todo se arreglaba con una pistola», proseguía Carter, no sin razón: en 1852, año del fallecimiento de Drouetti, el artista Félix Thomas, contratado por el Gobierno francés para asistir a Victor Place en sus operaciones arqueológicas en Khorsabad (Iraq), decidió dirimir a tiros sus diferencias con el caíd local; este no pereció a causa de sus heridas, pero tampoco Thomas sufrió proceso alguno por su violencia. En 1865 fue el arqueólogo Turtle Wood quien experimentó las iras autóctonas en Éfeso, donde recibió una cuchillada que de milagro no le alcanzó el corazón. Con frecuencia, la conflictividad nacía de las desavenencias entre grupos de

interés pertenecientes a potencias enfrentadas, o sencillamente de diferencias de opinión entre quienes se arrogaban mayor o menor derecho a espoliar un lugar. Las dos partes de la película *Die Spinnen* (*Las arañas*, 1919-1920), dirigidas por Fritz Lang, reflejaban esta contingencia: la competición entre el aventurero, deportista y viajero americano Kay Hoog y la sociedad criminal *Die Spinnen* por ser el primero en despojar de sus riquezas a una civilización inca escondida en la jungla. Desde el siglo XIX, el público europeo exigía que la arqueología consistiese en un cúmulo de peripecias y gestas heroicas, que condujesen a la ciencia moderna y a la pesquisa de las épocas lejanas hasta tierras remotas. El honor patrio y la conquista cultural de nuevos espacios geográficos entraban en juego en todo ello. Periódicos editados con estampas de sabor orientalista como *The Illustrated London News* o *The Penny Magazine* difundieron en Gran Bretaña los descubrimientos de Layard en la Asiria bíblica. El ciudadano común se sentía aún más orgulloso de ser inglés si un compatriota suyo se adelantaba a un arqueólogo francés o alemán en la carrera arqueológica de los escenarios coloniales. Por desgracia, quienes se han cuestionado en el presente la percepción de la arqueología en el séptimo arte y en el campo de la literatura —y son poderosas fuerzas que influyen en el punto de vista de la calle— han llegado a la conclusión de que, en esencia, han heredado el discurso mediático articulado hace siglos: el del imperialismo cultural de Occidente. Esto implica la sumisión de los indígenas a la actuación omnipotente de los arqueólogos extranjeros, al parecer, las únicas autoridades intelectuales que guardan la clave para entender y explicar la historia de los pueblos; el acercamiento de esos mismos autóctonos a su patrimonio, pero siempre a través de un filtro artificioso de superstición y de creencias arcanas; el supuesto derecho a rentabilizar la inversión arqueológica en términos de

apropiación de la cultura material, principalmente con vistas a su exposición en los grandes museos; o la mezcla del misterio, la aventura, el ocultismo, el romance, el recorrer mundo, etc. en los caminos de la elaboración científica. Así son los conceptos arqueológicos con los que se bombardea a lectores y telespectadores, quizá derivados de la necesidad novelesca de vender con un lenguaje accesible un producto determinado, proceso en el que otras ciencias y ámbitos profesionales como la medicina, la psiquiatría o la jurisprudencia resultan igual de perjudicadas, cuando no banalizadas.

El siglo XXI ha traído una arqueología que pretende hacerse más accesible y próxima a las personas ajenas a la disciplina, que divulga el conocimiento de forma rápida, gracias a Internet, a la infinitud de medios audiovisuales y al incremento de publicaciones acerca de esta temática, y cuyas interpretaciones involucran a las nuevas tecnologías —podemos citar las reconstrucciones virtuales— a fin de hacerlas científicas pero asimismo socialmente comprensibles. Por eso también esta *Breve Historia de la Arqueología* se orienta a un círculo amplio de lectores, a especialistas, a aficionados o a personas que sencillamente deseen acercarse por primera vez al mundo de la arqueología de una forma amena, pero sin renunciar a la rigurosidad histórica.

1

La visión del pasado en la Antigüedad y en la Edad Media

DIOSES, TUMBAS Y HÉROES

Al principio no existía la arqueología. Esta disciplina, que por méritos propios ha ganado su puesto entre las ciencias sociales, se revistió de una metodología y de unos objetivos que empezaron a definir su profesionalización en la segunda mitad del siglo XIX, y que no se consolidaron con validez hasta el siglo pasado.

Cuando el arqueólogo dirige la vista atrás, y se imbuye en la investigación de la actividad y del sentir humanos, cuando hace historia, se arma de hipótesis y de modelos, de una preparación técnica, de un equipo y, por supuesto, de herramientas informáticas. Como veremos, en la Antigüedad también se registró un interés por la recuperación de los acontecimientos cercanos y remotos, animado por diversos propósitos, entre los cuales no faltaba la sed de conocimiento. Los historiadores poseían

su ciencia historiográfica, diferente a la nuestra, confeccionada a base de mitos, paradigmas, folclores y tradiciones orales, exhortaciones morales y, en ocasiones, restos materiales. Su estudio y/o su recuperación se produjo raramente —desde luego no se concretaron en objetivos sistemáticos de la investigación—, pero más adelante señalaremos algunas excepciones. El gran analista de la arqueología Alain Schnapp sostuvo que desde el momento en que un artefacto o un monumento se perciben como una fuente histórica, da comienzo la arqueología, y que esa circunstancia acaeció en Grecia, donde una vez que la historia maduró una identidad, aquella le corrió paralelo. El proceso contiene una amplia gama de matices, que el mismo estudioso francés anotó después de dicha aserción. En este capítulo se interpretarán esos matices en una búsqueda de las raíces de la inquietud del ser humano por sus orígenes.

Los mitos y la historia recorrían un trazado lineal en las épocas pasadas. Las leyendas cuyo reparto lo componían dioses y héroes no se diferenciaban de la estructura de eventos reales vividos por los pueblos. Los antiguos convivían, así, en estrecha armonía con su pasado. En Sumer no se cuestionaba que antes y después del Diluvio sus dinastías hubieran descendido de los cielos para asentarse en ciudades como Eridu, Larak, Kish, Ur o Uruk, donde cada rey había gobernado durante miles de años. La realeza, de orden divino, se turnaba en una u otra ciudad-estado, y así se explicaba a través de una paradoja religiosa la belicosa inestabilidad de los reinos de Mesopotamia. Incluso la fundación y erección de los núcleos habitados eran obra de las divinidades de carácter urbanizador, Enki, Marduk; o en Egipto, Amón, Ra y Ptah. La edad mítica de Grecia no se dividía de la evolución histórica de los hombres, es más, los héroes y las deidades interactuaban en su existencia, los ayudaban o perjudicaban, se esposaban con ellos y

mantenían relaciones sexuales, casi siempre forzadas. Los dioses todopoderosos determinaban el rumbo que la vida creada a los pies del Olimpo habría de tomar, periodizado por Hesíodo en el siglo VII a. C. mediante una sucesión de estirpes humanas en las edades de oro, plata, bronce y hierro. El curso de la raza helena avocaba a un empobrecimiento de sus condiciones vitales, partiendo de una existencia similar a la de sus inmortales hacedores hasta llegar a los contemporáneos del poeta tebano, pasando por los héroes homéricos que combatieron ante los muros de Troya. Filósofos de otras culturas, como la china, especularon en el siglo I a. C. con secuencias históricas demarcadas por el progreso tecnológico y la transición de la piedra al bronce y de este al hierro, en tanto que los romanos, asimismo, compartieron esas etapas del perfeccionamiento de la cultura material que condujo del uso de las manos al de la fabricación en piedra, bronce y hierro.

Entonces, en la mentalidad griega este ciclo no entroncaba tan sólo con el mito y la religión, sino con auténticos eventos pretéritos, los cuales, dado que no se había producido una ruptura tangible desde el período áureo, habían dejado huellas, se reconocían en la naturaleza, en las ruinas, en objetos concretos, y los artistas y literatos los ilustraban a su gusto, coloreándolos de modo imaginativo o, en ocasiones, basándose en lo que los restos materiales les sugerían. La decadencia de la civilización micénica a finales de la Edad del Bronce (hacia los siglos XIII-XII a. C.) sembró de vestigios de poblaciones fortificadas, de palacios y de enterramientos la geografía de la Hélade, los cuales se releeron en clave heroica en torno a los siglos VIII y VII a. C. como lugares impregnados de un profundo simbolismo elucidado únicamente en la *Odisea* y en la *Iliada*, los poemas del legendario aedo Homero.

Los griegos de esas centurias de la Edad Oscura aplicaron la máxima que aboga porque cualquier tiempo pasado fue mejor e integraron a los superhombres homéricos en su discurso religioso. Pequeñas comunidades se instalaron en las ruinas de las acrópolis aqueas de Micenas, de Atenas, de Pylos y Orcómenos, y sus enormes túmulos pétreos –los *tholoi*, identificados con depósitos de tesoros en época romana por su magnitud– y sus tumbas de cámara congregaron precarias necrópolis o focalizaron los actos culturales, consistentes en banquetes rituales, libaciones, depósitos de ofrendas votivas, etc. El paisaje heleno se encontraba atestado de esos monumentos heroicos, así pues, salvo raras excepciones, no era necesario descubrirlos. Un modelillo de terracota fechado en el siglo IX a. C. (procedente de Arkhanes, cerca de Cnosos) podría mostrar el hallazgo accidental de uno de esos *tholoi* micénicos: dos personajes y un perro, el animal que los ha guiado hasta allí, se asoman al interior de la cámara de la tumba, ocupada por una divinidad femenina, tal vez figurada para sugerir la opinión de que se trataba de una capilla o de un templo.

Conservar esas edificaciones con una historia legendaria y remota robustecía los sentimientos de identidad comunitaria identificando unos antepasados privados, o respaldaba el gobierno de una familia específica y su presencia en un territorio connotaba una legitimización de su propiedad. Los monumentos, sobre todo los funerarios, exhalaban una clara rentabilidad político-social, y debido a ello, en el siglo II d. C., Pausanias pudo identificar cientos de ellos dispersos por toda Grecia, no a la fuerza alzados en la Edad del Bronce, sino muchos durante la etapa arcaica (ss. VII-VI a.C.): en Megara, las tumbas de Alcmena, de la amazona Hipólita o de Tereo; en el Areópago ateniense, la de Edipo; en Corinto, las de los hijos lapidados de Medea; en Micenas, las de Atreo, Agamenón y sus compañeros asesinados tras su regreso



Modelo de terracota de un templo (h. 1000 a. C.). Museo Arqueológico, Heraklion (Grecia). ¿Se trata del descubrimiento de una tumba micénica? Además de los dos sorprendidos personajes, el perro modelado a su lado podría haber sido el verdadero autor del hallazgo.

de Ilión, la de Casandra, Clitemnestra y Egisto; en Troya, la estructura tumular de Áyax había sido violada en la Antigüedad, pero el emperador Adriano había trasladado su osamenta a otra nueva sepultura, mientras que el *Aquileion*, descrito por Homero como un túmulo

levantado en un promontorio del Helesponto, se identifica en la actualidad con Yassi Tepe. Allí Alejandro Magno o Caracalla rindieron homenaje al de «los pies ligeros», y el segundo, personificándose en el guerrero aqueo, envenenó a su liberto Festo a fin de disponer las exequias de su Patroclo particular. Los objetos daban pie a semejantes reivindicaciones, ya que poseían un marcado contenido sacro. Cuanto mayor era su arcaísmo, más próximos se hallaban a la esfera legendaria de su elaboración y al momento de su empleo por las idolatradas figuras de la épica. Esta circunstancia les dotaba de poderes mágicos que bien transmitían al propietario, quien los lucía a sabiendas del rango distintivo que adquiriría entre sus coterráneos, bien brindaban una protección sobrenatural sobre el grupo que tenía el privilegio de detentarlo. Por eso se sacaban a la luz deliberadamente las supuestas reliquias y los huesos de los semidioses, normalmente esqueletos de mamuts y otros vertebrados prehistóricos cuyas descomunales dimensiones se avenían a la perfección al tamaño que se les pensaba a los héroes (el cuerpo de Aquiles medía casi cinco metros, y un dedo de Hércules tuvo que ser sepultado en un túmulo), a los cíclopes o a los gigantes que engendró la diosa Gea. Una multitud de evocadores despojos humanos y militares adornaban los recintos culturales a lo largo y ancho de la Hélade (fenómeno idéntico al de las iglesias con los santos). Nos cuentan las fuentes: los restos óseos de Tántalo y la cabeza de la Medusa reposaban en Argos, y el cadáver de Orestes en Esparta; las armas de Hércules se ofrecían a los ojos del visitante en Tebas, el escudo de Diomedes en Argos, la espada de Memnón en el Templo de Asclepios de Nicomedia y la lanza de Aquiles en el de Atenea de Faselis (Licia).

Igualmente, la arqueología funeraria ha recobrado evidencias del gusto por las antiguallas atesoradas en términos de prestigio o con un sentido ritual: una

princesa tracia del siglo v a. C. yacía en su fosa junto a una colección de hachas de la Edad de Piedra. En una especie de palacete del año 1000 a. C. reconvertido en túmulo, el llamado *heroon* de Lefkandi (Eubea), el ajuar de una mujer inhumada contenía joyas mesopotámicas con mil años de antigüedad, mientras que las cenizas del varón que la acompañaba habían sido introducidas en una urna cineraria de la Edad del Bronce, de factura chipriota. Por anotar un caso español, en la necrópolis ibérica de Piquía (Arjona), una cámara principesca del siglo I a. C. contenía un precioso ajuar compuesto de armas, un carro, recipientes de vidrio y cráteras griegas de los siglos v y iv a. C., cuya iconografía mítica quizá los iberos asociasen a las epopeyas proverbiales de su pueblo. Cruzando el Atlántico, la aristocracia maya tenía en gran estima unas alhajas de jade que se transmitían de una generación a otra como recuerdos de familia, o que se despojaban de viejas tumbas.

Los santuarios helenos no eran por supuesto museos en el sentido estricto que concebimos hoy en día, sino receptores de ofrendas de variado tipo, que entroncaban con la esfera de lo sagrado y, en cierto modo, con el orgullo cívico, fundamentado en una retrospectiva sobre el pasado de la ciudad. Nada de esto resultaba nuevo, ya que la religión y los comportamientos devocionales habían sido los motores condicionantes de la investigación anticuaria en épocas pasadas de Egipto, y en la Mesopotamia del siglo vi a. C. grafitis grabados por oficiales y por escribas de la dinastía XVIII (1552-1295 a. C. aprox.) describían sus visitas a templos y a otras construcciones abandonadas de Menfis, a las que se habían dirigido para examinar antiguos textos con la intención de resucitar los cultos y los festivales que se explicaban en ellos. Los soberanos del Imperio neobabilónico, por otro lado, se involucraron activamente en resucitar el pasado de Sumer y Akkad, restaurando

edificaciones templares en ruinas, descifrando epígrafes oscuros e incluso promoviendo excavaciones en las cimentaciones de los complejos religiosos; la restitución de un monumento de estas características comportaba la identificación previa de las etapas remotas del mismo no sólo para recuperar clavos de consagración y textos cuneiformes referidos a las raíces históricas del templo —gracias a los cuales efectuar las reformas de su planta correctamente—, sino, asimismo, esculturas arcaicas que ubicar en la nueva fundación como alegato de la continuidad infinita de las obras de los gobernantes —y la descendencia lineal y legítima de unos a otros—, así como de la voluntad de los dioses. El último rey caldeo de Babilonia, Nabónido (reinó entre el 555 y el 538 a. C.), sacó a la luz las piedras fundacionales e inscripciones de dos mil años atrás en el zigurat de Ur; en el templo del dios sol Shamash, en Sippar, descubrió un retrato muy dañado del rey acadio Sargón (¿del siglo XXIII a. C.!), y su espíritu reverente lo movió a repararlo y a dejarlo depositado en su emplazamiento originario. De la misma manera recogió el legado de uno de sus predecesores, Nabucodonosor II (en el trono babilónico del 605 al 562 a. C.), al enriquecer la colección de antigüedades vinculada al palacio real, hallada después por los arqueólogos alemanes. En la mentalidad mesopotámica, las imágenes de culto de las deidades encarnaban la propia esencia divina, y sus fuerzas omnipotentes se extendían a quienes las cuidasen, de ahí que como aliados divinos constituyesen un ansiado botín de guerra y los templos enemigos se saquearan sistemáticamente (como si de tanques y de aviones se tratasen, Nabónido concentró en su capital cuantiosas tallas de dioses sumeroacadios con las que hacer frente a la ofensiva de Ciro el persa en el 539 a. C.). El «museo» de Nabucodonosor II comprendía inscripciones de Ur del 2400 a. C., imágenes de soberanos, como la de un príncipe de Mari (2300 a. C.), relieves, tablillas, estelas,

cilindros-sellos asirios (900-650 a. C.), armas elamitas, figuras piadosas arameas... Esa «estancia de las maravillas de la humanidad», abierta a un público elitista, inspiró a la hija de Nabónido, la sacerdotisa Bel-Shalti-Nannar, a practicar excavaciones por su cuenta y a formar su colección privada, mientras que los escribas reales transitaban por todos los rincones del Imperio copiando los primitivos epígrafes que les salían al paso. En esta afición fueron superados por un gobernante contemporáneo, el asirio Asurbanipal, a quien placía interpretar las ininteligibles tablillas cuneiformes de los reinos engullidos por las arenas mesopotámicas, que creía antediluvianos, en su nutrida biblioteca de Nínive.

ANTES Y DESPUÉS DE LA ERA: LA *ARCHAIOLOGHIA* DE LOS ANTIGUOS

Bajo los pies de los soberanos babilónicos yacieron riquezas que recolectaron a causa de diferentes motivaciones, especialmente religiosas, pero de igual forma porque eran reliquias que reflejaban épocas de esplendor, así como fuente de información de arquitecturas milenarias y de gobernantes largamente desaparecidos. Eso no los convierte en arqueólogos –hablamos de piedad y de tradición, no de investigación–, pero sí aporta indicadores de la complejidad de variantes que acercaban a los antiguos pueblos a asomarse a las simas de su historia. Entrando en las excavaciones y en los descubrimientos, ambos se producían por una infinidad de razones en nada relacionadas con la arqueología, y en los que la casualidad resultaba el factor decisivo. Los hechos azarosos conducían a los más variopintos hallazgos: durante el reinado de Nerón, un terremoto que se cernió sobre Cnosos provocó que aparecieran una serie de tablillas de lineal B (la escritura aquea) guardadas

en una caja de estaño, entonces ilegibles para cualquier griego; o cuando Pausanias, que se encontraba de paso por Olimpia, contempló cómo al realizar los cimientos de un monumento conmemorativo romano se extrajeron fragmentos de armas, de herraduras y de bocados, seguramente restos de deposiciones votivas de los períodos arcaico y clásico. ¿Y qué decir de Pompeya y de las localidades siniestradas de la Campania? Después de desvanecerse de la faz de la tierra a consecuencia de la erupción del Vesubio en el 79 d. C., se convirtieron en un inmenso yacimiento en el cual los supervivientes emprendieron batidas y sondeos encauzados a liberar de su prisión volcánica los bienes propios y ajenos; pero además, liderado por los *curatores Campaniae restituendae* nominados por el emperador Tito, se puso en marcha un salvamento organizado de los materiales constructivos preciosos, tales como los mármoles que revestían los edificios públicos y los ornamentos arquitectónicos.

Un proceso idéntico al sucedido en la colonia Julia Cartago, establecida en el 29 a. C. sobre las ruinas de la capital púnica, devastada en el 146 a. C. Los romanos protegieron con leyes su patrimonio monumental (por ejemplo, la *Lex sepulcri* castigaba a quienes despojasen los monumentos funerarios de sus paramentos con objeto de emplearlos en otras construcciones, públicas o privadas), pero en el caso de Pompeya y de Herculano, la violenta erupción había transgredido cualquier legislación humana. Si la arqueología se redujese a la imagen cinematográfica y literaria que circula acerca del arqueólogo como un saqueador de tumbas que busca un beneficio económico de sus expolios (raramente académico), entonces en la Antigüedad habría existido ya la arqueología, pues ese tipo de depredación deliberada fue una actividad habitual. Tanto que hasta las obras de ficción se hacían eco de ella: en el siglo II d. C., el escritor satírico Luciano de Samósata narra la incursión

de unos ladrones de templos en el recinto consagrado a Anubis en Alejandría, del que sustrajeron diversos cuencos de libaciones y un caduceo fabricados en oro, y varias figurillas argénteas del dios. También Caritón de Afrodiasias relató la profanación nocturna de la sepultura de la desventurada Calíroe por parte del pirata Terón y de sus secuaces, quienes, al asistir al sepelio, habían codiciado el oro y la plata de la dote, las ricas vestimentas y los dones de familiares y amigos que componían el ajuar mortuario. Cabe la posibilidad de que el botín de sendas narraciones contuviese alguna pieza de factura antigua, pero en sí, la violación de los dos monumentos no implicaba acción alguna más allá del simple hurto. Esto intensifica el valor documental del episodio consignado en el libro VIII de la *Geografía* de Estrabón, que versa sobre la ciudad de Corinto. Desmantelada en el 146 a. C. por Lucio Mumio, permaneció desierta hasta que Julio César decidió fundar allí una colonia romana. Los nuevos habitantes se dedicaron a remover los restos de la urbe helena y a no dejar tumba sin excavar, dando con una profusión de relieves de terracota y de vasos bronceos. Estos vestigios de cien años de antigüedad alcanzaron precios inauditos en Roma, donde se bautizó con el nombre de *nekrokorinthía*, y fueron tan explotados que finalmente su coste terminó por decrecer. Así que el coleccionismo sirvió de acicate de estos rastreos entre los escombros de ciudades muertas. Los romanos, es bien sabido, destacaron por su afición al coleccionismo: Suetonio citaba el repertorio de esqueletos de monstruos terrestres y marinos, además de las armas de héroes famosos, en posesión de Augusto (se cuenta también de Alejandro Magno que en el transcurso de su incursión en la India endosaba armaduras de los aqueos que sitiaron Troya); y a Pompeyo le gustaba lucir sobre sus hombros las capas tanto del mencionado conquistador macedonio como de Mitrídates.

Los objetos mundanos no cobraron interés. Cientos y cientos de obras de arte griegas de todas las cronologías, provenientes del pillaje fomentado por los generales de Roma, afluyeron a raudales en la capital latina a partir del siglo III a. C. Sólo Marco Fulvio Nobilior sustrajo más de quinientas estatuas de mármol y de bronce en el 189 a. C., y Cayo Verres será siempre recordado por el proceso que se entabló contra él en el 70 a. C. por la corrupción y los excesos cometidos durante su administración de Sicilia, incluidos la confiscación ilegal y el latrocinio depredador de las esculturas de la isla. Las imágenes de culto y las ofrendas dedicadas a las deidades de los santuarios helenos adornaron teatros, termas, pórticos, basílicas, edificios administrativos y villas privadas. Casas como la de Cicerón, el jurista que acusó a Verres, engalanaron sus peristilos, sus salones, bibliotecas y atrios a la manera de museos a base de esculturas de atletas, dioses y de otras criaturas sobrenaturales, hermas y bustos de filósofos, políticos, literatos, militares o reyes, los cuales simbolizaban los arquetipos de la moralidad y de las virtudes a las que todo *dominus* debía aspirar.

La fe ciega, los sueños, oráculos y premoniciones igualmente se señalan como detonantes de fascinantes averiguaciones arqueológicas. El santoral cristiano, sin ir más lejos, tiene por patrona de la arqueología a la madre del emperador Constantino, Elena o santa Elena de Constantinopla. Su santificación arranca en un periplo a Tierra Santa, que al margen de la peregrinación al uso, tenía como finalidad la búsqueda del Santo Sepulcro y de la Vera Cruz en la que Jesús de Nazaret había fallecido martirizado. En el lugar exacto de la crucifixión —que la emperatriz sólo conoció tras obligar a revelárselo mediante torturas al rabino Judas, quien, convertido a posteriori al cristianismo, llegaría a ocupar el obispado de Jerusalén—, el monte Gólgota, ordenó derruir un templo pagano consagrado a Venus y excavó bajo su pavimento.